

CAPITULO II

LOS ARABES DE LAS CIUDADES. — USOS Y COSTUMBRES

I

LA SOCIEDAD ÁRABE

La estabilidad de las instituciones de los orientales, la resignación de éstos para con los

hechos consumados, ó con respecto á aquellos sucesos que no pueden impedir, y la fraternidad que existe entre todas las clases forman un contraste sorprendente, comparado con las revoluciones continuas, la existencia agitada y



Cabalgadura del Cairo. — De fotografía

calenturienta y las rivalidades sociales de los pueblos de Europa.

Una gran urbanidad y dulzura, una gran tolerancia con los hombres y las cosas, la calma y la dignidad en todas las situaciones y circunstancias, y una notable moderación de necesidades, tales son los rasgos característicos de los orientales. Su conformación moral con la vida tal como sea, los ha dotado de una serenidad muy parecida á la dicha, mientras que nuestras

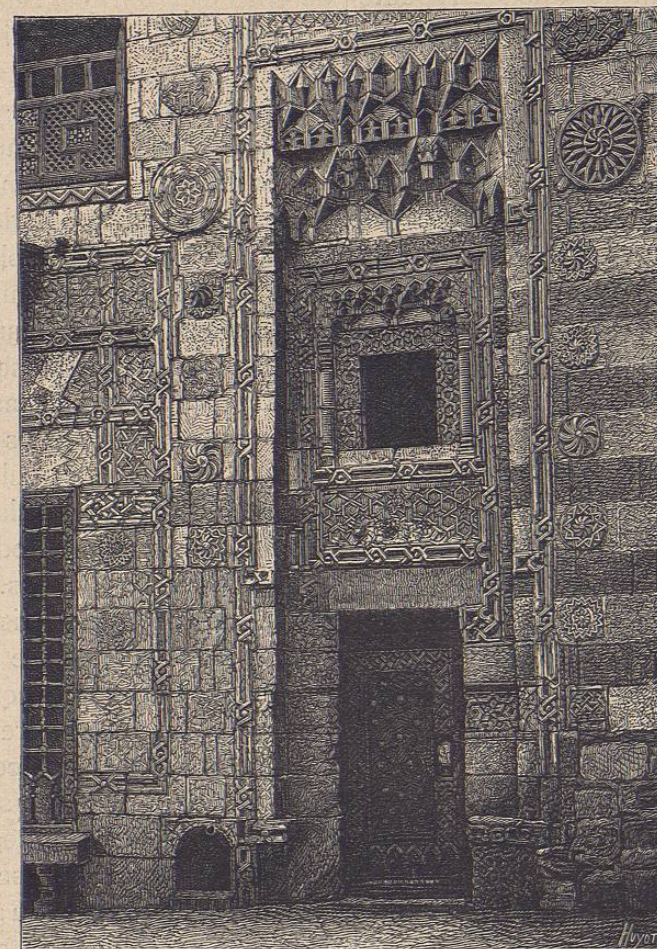
aspiraciones y necesidades ficticias nos han llevado á nosotros á un estado de inquietud permanente que parece muy diferente de aquélla.

Es fácil criticar esta resignación filosófica, y poner de manifiesto sus inconvenientes; pero, á pesar de todo, no cabe negar que los pensadores que han estudiado mejor el reverso de la medalla, no han llegado todavía á descubrir una concepción más cuerda de la vida. Toda conformación mental que produce la felicidad del

hombre, debe estimarse, hasta en el caso de que no sea siempre favorable al progreso de la civilización.

El estudio del estado actual de la civilización árabe, combinado con el de las antiguas crónicas, nos permite fácilmente representarnos á esta sociedad en la época en que florecía la civilización de los discípulos del profeta.

Nuestra descripción de los Arabes en las diferentes comarcas en que dominaron, nos ha demostrado que esas cualidades de urbanidad y tolerancia que acabamos de mencionar eran igualmente generales en la época de su civilización. Hemos ya descrito sus costumbres caballerescas, y contado cómo la Europa, todavía bárbara, las imitó.



Puerta de una casa antigua del Cairo. — De fotografía

La cortesía y dignidad, que en Europa no se hallan sino en las clases más altas, son absolutamente generales en Oriente, lo cual reconocen todos los viajeros; y hablando Mr. Vogué de las visitas que se hacen los Arabes más pobres, dice lo siguiente: «No puedo menos de admirar el decoro y cortesía de estas reuniones; pues aunque esos hombres no sean ni más ni menos que unos aldeanos de mezquina posición, va una gran diferencia de la gravedad de sus palabras y de la nobleza de su actitud á la turbulencia y desgarbo de nuestras poblaciones.»

Yo mismo he tenido ocasión varias veces de estar en contacto con los Arabes en los puntos más opuestos del orbe musulmán, y siempre he quedado pasmado de la dignidad y gracia con que me recibían individuos cuya posición social

no excedía de la de nuestros campesinos. Tanto si el dueño de la casa donde entráis es pobre, como si es rico, la recepción siempre es igual; el dueño se adelanta, saludándoos á la oriental, ó sea poniendo su mano sobre el corazón y la frente; os convida á sentaros en el diván, señalando el sitio de honor, delante de la puerta; os ofrece un cigarrito ó un narguile, y hace servir el café; después de lo cual espera cortésmente que le manifestéis el objeto de la visita.

II

LAS CIUDADES ÁRABES. — HABITACIONES, BAZARES, ETC.

Ciudades árabes. — Muchas de las actuales, como Damasco y ciertos distritos del Cairo, dan

todavía una idea bastante exacta de lo que fueron las antiguas. Ya he descrito varias veces la fisonomía de sus calles tortuosas y mal conservadas, y sería ocioso ocuparse más de ello. Todas las ciudades de Oriente, excepto aquellas á las cuales la influencia europea hoy trasciende, como por ejemplo, las de las costas de Siria, se parecen mucho; de modo que el viajero que por arte mágico se viese transportado de repente á ellas, adivinaría en seguida en qué parte del globo se halla.

En todas las ciudades árabes el movimiento de las calles cesa del modo más completo, así que se pone el sol; las tiendas se cierran, cada cual se mete en su casa, y como no hay alumbrado público, es imposible aventurarse por allí sin linterna.

El alumbrado nocturno de las ciudades europeas, sus tiendas brillantemente iluminadas, sus cafés, etc., son cosas desconocidas en Oriente. Pero en cambio la vida de familia tiene tanto encanto para los orientales, que no necesitan de otra distracción para pasar las noches; de modo que cuando vienen á Europa quedan siempre pasmados del movimiento nocturno de nuestras ciudades; y de esto deducen que los hombres de Occidente han de fastidiarse mucho en sus casas, cuando tanta necesidad tienen siempre de andar fuera ó de meterse en casinos y cafés. «Eso, me decía gravemente un negociante de Bagdad que había visitado muchas capitales europeas; eso es resultado de la monogamia.»

Las calles de Oriente no son objeto de ninguna limpieza, ni de otro cuidado; dejándose al cargo de los perros la tarea de hacer desaparecer las inmundicias; lo cual hacen á las mil maravillas. Estos preciosos animales, que pululan á miles en todas las ciudades, no pertenecen á nadie, sino que viven por tribus; cada una está confinada en un barrio, y sus individuos no podrían salir de él sin que en seguida los devorasen los de los otros barrios. Por este motivo es casi imposible en Oriente llegar á poseer un perro propio; y si teniéndolo, quisiese uno pasearse con él por las calles, no cabe duda de que lo harían pedazos los perros de los barrios por donde transitase.

Los orientales tratan á los perros, lo mismo también que á los demás animales, con mucha benignidad; no habiendo ejemplo de haberse visto á un Árabe maltratar á un animal, por más que lo contrario sea la regla común entre carreteros y cocheros europeos. En Oriente

sería del todo inútil una sociedad protectora de los animales, porque esta tierra es el verdadero paraíso de ellos. Todo el mundo los respeta, ya sean perros, ya gatos, pájaros, etc.; y estos últimos vuelan libremente por las calles, haciendo sus nidos en las cornisas de las mezquitas. Los ibis se pasean por la campiña sin recelo de ser perseguidos, y los niños no andan nunca á caza de crías de pajaritos. Se me ha asegurado en el Cairo, lo cual está también consignado en muchos autores, que existe en esta ciudad una mezquita donde á ciertas horas del día los gatos van á buscar el alimento que un mahometano caritativo hace tiempo les legó.

Por todos estos detalles cabe juzgar de las costumbres de un pueblo; y así se ve cuánto tendría que hacer el europeo para parecerse algo al oriental en dulzura y cortesía.

Los carruajes apenas son conocidos en Oriente, bien que existen pocas calles por donde pudiesen pasar; y los únicos medios de locomoción son los caballos, el camello y el asno; empleándose este último particularmente en Egipto; de modo que en el Cairo todos se sirven de él para las diligencias cotidianas. El asno de allí es un animal mucho más bonito que sus vilipendidos y pobres colegas de Europa; y ni los personajes más aristocráticos desdeñan sus servicios. También las mujeres los utilizan, aunque montando á horcajadas como los hombres.

Tras cada asno sigue su conductor, quien lo excita concienzudamente, mucho más á gritos que á palos, entablándose una competencia de trote entre la bestia y su amo. Conviene advertir que el asno no hace caso sino de su conductor, mostrando el más insolente desdén á los estimulantes que le aplican sus jinetes provisionales.

Habitaciones.— Los Arabes de las ciudades se inclinan ahora á modificar cada vez más sus moradas, siguiendo los modelos europeos; en términos que cada día son más escasos sus antiguos palacios.

Las más hermosas habitaciones de estilo árabe se hallan en Damasco: el exterior nada contiene que llame la atención; pues como la vida de los orientales tiene un carácter puramente interior, la gente apenas concede nada á las apariencias. Se entra casi siempre en aquellas casas por un zaguán abovedado y estrecho, donde están los criados; y al extremo de él se desemboca en un gran patio, ó mejor, en un verdadero jardín, embaldosado de mármol, en medio del cual se halla un surtidor, rodeado de

saucos llorones, de naranjos, de limoneros, de granados y plantas odoríferas, que llenan la casa del perfume de sus flores y frutos. En torno del patio corren los diversos pabellones que sirven de habitación, y cuyo interior es de una opulencia maravillosa. Ninguna descripción nos daría una fiel idea de aquellos techos de viguetas salientes y de artesones estriados, donde unos verdaderos artistas han esculpido en el cedro y el sicomoro los más sorprendentes arabescos; de aquellos cristales con dibujos caprichosísimos, de aquellas paredes cubiertas de esculturas, y de las molduras en forma de estalactitas que enlazan paredes y techo.

La pieza principal, que tiene la altura de una casa de dos pisos, se halla generalmente dividida en tres partes, dispuestas al rededor de una superficie embaldosada, en el centro de la cual se halla una fuente octógona de mármol esculpido, que echa al aire un continuo hilo de agua fresca y cristalina.

El mueblaje se compone principalmente de un gran diván, forrado de seda, bordado de plata y oro, que da la vuelta á toda la sala; y los demás muebles se reducen á veladores, y taburetes con incrustaciones de nácar. Unos nichos, abiertos en las paredes, cubiertos de mármol, y llenos de taraceas, de ladrillos, y azulejos persas, contienen porcelanas de China, vajilla de plata y tazas de café en pequeñas copas de filigrana; narguiles, pebeteros, etc.

A estos nidos encantados (1), rebosantes de frescura y perfumes, donde los cristales sólo dejan entrar una media claridad, y donde no turba el silencio sino el murmullo del agua al caer en las tazas de mármol, se complace el

(1) Estos maravillosos palacios, que abundaban en toda gran ciudad en la época de la civilización de los Arabes, ya casi han desaparecido ahora, pues aunque se construyan todavía algunos en la misma Damasco, sus dueños son judíos enriquecidos, y el mal gusto y el lujo ramplón habituales de esta raza no pueden menos de obligarnos á lamentar el dinero que gastan edificando estas chabacanas imitaciones de un arte que va desapareciendo. Allí se ve una grotesca confusión de objetos orientales de pacotilla, de chucherías procedentes de nuestros bazares más vulgares, y de chillonas pinturas ejecutadas por verdaderos pintores de puertas y ventanas. Como estas casas son las que generalmente dan acogida á los extranjeros, los viajeros casi nunca pueden ver otras, y se las considera con mucha sinrazón como tipos del arte árabe. La más conocida pertenece á un mercader judío, y dos autores excelentes, Mrs. Lortet y Guérin, han reproducido el interior de ella en sus obras. En efecto, allí hay de todo; los muebles europeos más comunes, los candelabros de á seis reales, figuritas que representan á Napoleón, y unas pinturas de paisajes que hacen llorar de risa.

El palacio pertenece á un ex-gobernador de Damasco, Azhad-Bajá, y es uno de los más antiguos, y sin duda el más bello, de todos los que todavía se conservan en aquella ciudad. Por desgracia amenaza ruina, y sus propietarios ni tienen bastante temperamento artístico para restaurarlo, ni son bastante ricos para sobrellevar el gasto que ocasionaría.

árabe en retirarse; y rodeado de mujeres, puede seguir entre el humo de la narguile que fuma, las fantasías de su imaginación y creerse transportado al paraíso de Mahoma.

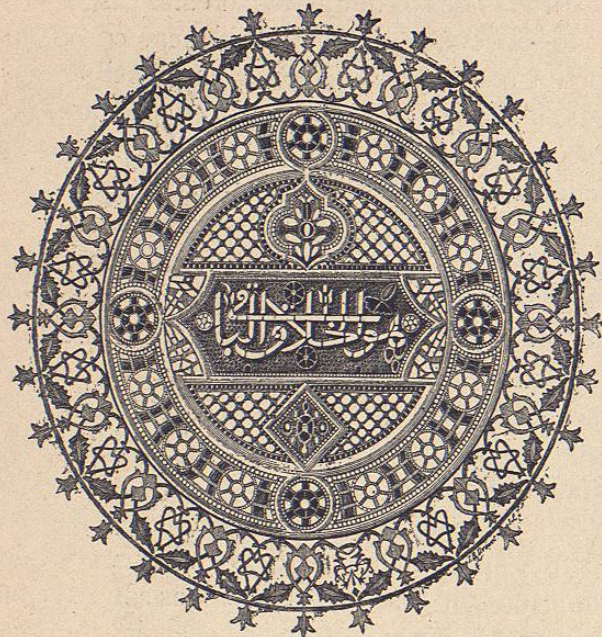
Las casas árabes de Argel y Marruecos están edificadas bajo un plano típico algo diferente del de Damasco; porque siendo más limitado el terreno, ha sido necesario con frecuencia reemplazar el jardín con el patio, y los diversos cuerpos de edificio, han debido circunscribirse á uno, construido en torno del patio.

Miradas desde fuera, tienen estas casas el aspecto de cubos de piedra blanca, coronados por un terrado. Las habitaciones reciben casi toda la luz de un patio, rodeado de arcadas, que sustentan varios pisos de galerías, á las cuales dan los aposentos. Los suelos de estos son de ladrillo esmaltado; sus paredes están cubiertas de azulejos, también esmaltados; y los techos son de madera esculpida. Compónese el mueblaje de esteras y tapices, y un diván, colocado en el fondo de la sala, sirve de asiento durante el día, y de cama durante la noche. Los trajes y joyas se guardan en cofres de madera pintada. Para resguardar el patio de los rayos del sol se corre sobre él un toldo sujeto por cuerdas, que penden de unos ganchos, clavados en el terrado. Esas construcciones son excelentes para los países calurosos; y en las antiguas ciudades árabes de España, como por ejemplo Sevilla, se edifican todavía muchas casas con arreglo á aquel modelo.

La arquitectura de un pueblo es hasta tal punto la fiel expresión de sus necesidades, que el mismo pueblo, cuando cambia de país, se ve en seguida obligado á adaptarla á las circunstancias del centro geográfico donde se halla; por cuyo motivo las casas árabes del Cairo difieren notablemente de las que acabamos de describir. Como el terreno escasea siempre en las grandes ciudades, ha sido necesario que las casas ganasen en altura lo que no podían alcanzar en superficie. Así es que constan de tres pisos, y los aposentos no pueden tener la elevación de los de Damasco. Además la necesidad de reducir el patio, redujo también la ventilación interior, siendo necesario practicar aberturas que diesen á la calle. Pero estas aberturas, en razón de las costumbres árabes, debían constituir un sistema de ventilación que no se prestase á las miradas de los forasteros curiosos; y se inventó luego unas celosías de madera calada como la blonda, á las cuales se da el nombre de mucharabiehs.

Sólo existe en el Cairo un cortísimo número de antiguas casas edificadas por el estilo de las de los califas, y todas están ruinosas; cabiendo citar particularmente la del jefe general de las mezquitas. Hoy la gente rica gusta más de edificar las suyas á la europea.

Al revés de lo que se ve comunmente en la mayor parte de las ciudades orientales, la entrada de las casas ricas del Cairo estaba con frecuencia ricamente adornada.



Vidriera del harem del palacio de Azhad-bajá, en Damasco.
De fotografía

Bazares.—Una de las partes más interesantes de las ciudades de Oriente es aquella donde se hallan instalados los bazares. Cada ciudad importante contiene una serie de construcciones que forman todo un barrio, exclusivamente destinado á los comerciantes, y cuyo conjunto es lo que se llama bazar, el cual consta de mayor ó menor número de galerías, cubiertas de tablas ó de esteras, donde están las tiendas, agrupadas, según los géneros que en ellas se venden. Un calificativo sacado del nombre de los objetos vendidos en cada galería, y añadido á la palabra genérica de bazar, sirve para designarlos; habiendo así bazar de armas, de trajes, de especias, etc.; y exceptuando las grandes ciudades, no existe otro mercado que aquél, ni siquiera para las cosas de uso cotidiano.

Ninguna analogía tienen esas tiendas con los comercios europeos; y particularmente el arte de exponer la mercancía, es cosa de que no hay allí la menor noción. Cada una se reduce á un pequeño hueco oscuro, de dos ó tres me-

tros de ancho, con un poco menos de profundidad, en cuyo fondo están colocadas las mercancías, y delante del cual se sienta el comerciante. Pero á pesar de su aspecto miserable, estos cuchitriles contienen á veces riquezas positivas.

Es el bazar en Oriente el lugar de cita favorito de los paseantes; y á veces el único sitio de la ciudad donde sea posible hallar un poco de fresco. Las mujeres suelen pasar en él largas horas.

Todas las tiendas de los bazares orientales, hasta las de los cristianos, están servidas por varones.

Sentado gravemente delante de su puestecillo, el mercader espera con paciencia al comprador, sin hostigar nunca al transeunte; de cuya regla se apartan los mercaderes judíos, los cuales asedian á todo el mundo con sus bajas instancias.

Sin embargo, sea cual fuere la nacionalidad del mercader á quien uno se dirige, todos tienen la invariable costumbre de pedir por el objeto que se les designa cuatro ó cinco veces más de lo que vale; á cuya costumbre se añade la no menos invariable, de no cederlos por un precio razonable sino después de largas discusiones, que, si el objeto es algo precioso, duran varios días consecutivos, teniéndose que ir allí muchas veces, para terminar la negociación. Nada menos que una semana de idas y venidas y conferencias necesitó para comprar en Damasco por un precio regular el narguile de cobre, con incrustaciones de plata, de que publico una copia en este libro. Diríase que el oriental se desprende con sentimiento de lo que posee; y es necesario tener tanta paciencia como él para llegar á comprárselo.

III

FIESTAS Y CEREMONIAS: NACIMIENTO, CIRCUNCIÓN, CASAMIENTOS Y ENTIERROS

Nacimiento y circuncisión.—El nacimiento de los hijos dá lugar á algunos regocijos entre los Arabes, bien que sin salir del hogar doméstico. Pero la circuncisión, que se practica en todos los niños varones, se celebra por el contrario con regocijos públicos. Verifícase generalmente entre la edad de seis y siete años. El chico que debe sufrirla es paseado con gran pompa por la ciudad, cubierto de rico traje, el rostro tapado con un velo, montado en un ca-

ballo magníficamente enjaezado, y escoltado por niños opulentamente vestidos. El barbero, encargado de la circuncisión, se coloca al frente del cortejo, con los músicos; cerrando la marcha varias mujeres, que dan voces particulares, en señal de alegría. Así se encaminan á la mezquita, la cual con motivo de aquel suceso está iluminada; y de aquí se regresa á la casa paterna, donde se sirve un festín, con frecuencia seguido de una representación teatral. Generalmente el barbero procede á la circuncisión después de la comida; y mientras opera, la música toca los platillos para ahogar los lamentos del paciente. Después los muchos invitados que hay en la casa pasan la noche tomando sorbetes y café y fumando narguiles.

Casamiento.—Las ceremonias del matrimonio van igualmente acompañadas de grandes regocijos; pero como en otro capítulo tendremos que exponer detenidamente todo lo que concierne á la situación de la mujer en Oriente, aquí me reduciré á manifestar lo que se refiere al ceremonial exterior de aquel acto.

Cuando un joven quiere renunciar á la vida de soltero, encomienda á una mujer de edad que vaya á ver en las familias las muchachas casaderas; y en virtud de la descripción que ésta le hace de las cualidades físicas y morales de las que ha visto, elige, y encomienda á la misma persona que haga la demanda. La futura tan sólo es consultada por el bien parecer; pero como no ha de ver al solicitante hasta que esté casada, carece de motivos para rechazarlo. Entonces el pretendiente entra en relaciones con el padre, á fin de estipular el dote que entregará; pues al contrario de lo que acaece en Europa, allí es el hombre quien dota á la mujer, no la mujer la que trae dote al marido. Terminada la negociación, el futuro vuelve á presentarse luego en casa del suegro, donde éste ha de aguardarlo rodeado de amigos, de testigos y de un escribiente. Pronúnciase entonces la fórmula de costumbre; el escribiente levanta una especie de acta, y en el concepto legal queda celebrado el matrimonio.

Según se ve, el casamiento es un pacto de carácter privado que no requiere ni sanción religiosa, ni formalidades civiles. La novia no pasa al poder de su marido hasta al cabo de algunos días, después de varias fiestas que se procura sean lo más brillantes posible: cubierta con un velo, la joven va primero al baño, conducida procesionalmente, entre un gran concurso de músicos y amigos; al salir del baño, regresa á

la casa paterna, donde tiene lugar un festín; y tan sólo al día siguiente la envían á casa de su marido, bien velada, y con un numeroso acompañamiento, precedido de músicos, de bailarines, luchadores y bufones. La casa está adornada é iluminada para recibirla, y cuando todo el acompañamiento se ha marchado, entonces el marido puede quitar el velo á su esposa y verla por primera vez.

Generalmente no se celebran estas ceremonias sino cuando se trata de mujeres legítimas; pues con respecto á las que no lo son, la ceremonia es más sencilla; se entra en uno de los numerosos bazares de esclavas que aún existen en Oriente, y particularmente en el Cairo, á pesar de las denegaciones formuladas en los libros; y por una cantidad variable, según la calidad de la persona, pues llega á veces á oscilar entre cinco y seis mil francos, si se trata de Georgianas y Circasianas de una hermosura excepcional, el hombre se provee de la mujer que necesita. Sin embargo, estas esclavas forman parte de la familia; sus hijos tienen los mismos derechos que los legítimos, y su existencia es tan agradable, que distan mucho de querer redimirse de ella, lo cual les sería fácil, pues en las comarcas que han tenido que pasar por las exigencias europeas, como por ejemplo el Cairo, les bastaría, para obtener la libertad, manifestar este deseo delante de las autoridades.

Entierros.—Verifícanse entre los musulmanes casi con tanta pompa como los casamientos. El difunto, envuelto en una sábana, y



Narguile ó pipa árabe, de cobre incrustada de plata